
IGLESIA DIOCESANA

OBISPO

HOMILÍAS

Celebración de la Palabra en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima (Portugal)

12 de julio de 2021

Eminentísimo Señor Cardenal.

Hermanos en el episcopado.

Sacerdotes, diáconos y seminaristas.

Mis queridos hermanos y hermanas:

Es para mí un gran honor presidir las conmemoraciones de un día 13 de mayo que, en esta ocasión, se corresponde con la tercera de las apariciones ocurridas en este mismo lugar en 1917. Y es una gracia de Dios que el Obispo de Ourense esté esta noche aquí, pues es muy estrecha la relación existente entre este lugar santo y la parroquia-santuario de Fátima que se encuentra en mi ciudad, siendo uno de los lugares de mayor devoción fatimeña no sólo de mi Diócesis sino de toda Galicia. Allí conservamos una imagen realizada también por Ferreira Thedim, como la de la Capelinha y que en su momento fue bendecida aquí y llevada en peregrinación a Ourense acompañada por gran multitud de fieles, presididos por uno de mis más venerables predecesores, de santa memoria, Monseñor Ángel Temiño.

Y es un honor, también, porque esta es la advocación mariana más popular e importante del siglo XX, en la Iglesia universal (*altar del mundo*), como han reconocido los papas peregrinos que han visitado la Cova de Iría, los santos papas Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II. Desde aquí quisiera que se elevase hacia el regazo de la Señora de Fátima, una oración por el Papa Francisco, para suplicarle al buen Dios por su pronto restablecimiento.

En su visita a este recinto, el Papa Francisco nos dejó unas palabras que sirven para alentar nuestra fe. Dijo entre otras cosas: *No creer e sentir de muitos peregrinos, se não mesmo de todos, Fátima é sobretudo este manto de Luz que nos cobre, aqui como em qualquer outro lugar da Terra quando nos refugiamos sob a proteção da Virgem Mãe para Lhe pedir, como ensina a Salve Rainha, mostrai-nos Jesus.*

Porque, tal como se recoge en un hermoso diálogo en la narración de los *pastorinhos* sobre la primera aparición, el 13 de mayo de 1917, la Virgen les dice:

- *¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él os quiera enviar, en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?*

- *¡Sí, queremos!*

- *Vais, pues, a tener que sufrir mucho, pero la gracia de Dios será vuestro consuelo.*

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios) cuando abrió por primera vez las manos, comunicándonos una luz tan intensa, que expedía de ellas como un gran reflejo, que penetrándonos en el pecho y en lo más íntimo del alma, nos hacía ver a nosotros mismos en Dios, que era esa luz, más claramente de lo que nos vemos en el mejor de los espejos.

Deducimos y creemos fielmente que la Virgen María es el amparo de nuestra fe, porque ella, como recoge la lectura que acabamos de escuchar, aniquila a los enemigos de nuestra fe, porque Dios es nuestro auxilio.

Dichosa sois vos María porque llevasteis en vuestro seno la Salvación del mundo. El único capaz de dar sentido a nuestras vidas, y también a nuestro mundo incrédulo y materialista, en este tiempo de una pandemia tan cruel.

Añoramos hoy la multitud de peregrinos que, en años anteriores, en este mismo lugar y hora, llegaban de todos los lugares del mundo. La devoción a Nuestra Señora del Rosario de Fátima es de las más universales. Portugal la ha dado al mundo entero junto con los grandes santos de esta tierra como San Antonio de Lisboa, San Nuno Alvares Pereira, San Martín de Dume o la reina Santa Isabel.

Este recinto es lugar de oración y sobre todo de impresionante silencio que en la situación sanitaria en que vivimos recobra un especial sentido. A Dios, como recuerda la Biblia, le encontraremos en medio del recogimiento y del silencio, en donde la oración se hace más viva y operativa en nuestra existencia. Es muy difícil que Dios nos hable en el bullicio y las fiestas descontroladas. Le encontraremos en medio de la vida porque nuestra religión es la religión de la vida y no de la muerte. Somos una vida muy valiosa y única en las manos de Dios. Cada uno de nosotros es querido por lo que es y no por lo que tiene. Dios quiere la vida, crea la vida, da la vida. Por eso toda vida, desde su concepción en el seno de la madre, hasta el momento en que el Señor se acuerde de nosotros para llevarnos a su lado, toda vida tienen sentido y, en su misterio profundo, debe ser respetada, querida, y amada tal cual es. Por eso, es misión de la Iglesia defender siempre y en todas partes el don tan apreciable de la vida humana.

Recordando el diálogo que citábamos antes, hagamos nuestra la respuesta de los pastorcitos: *Sí queremos*. Y cuenta Sor Lucía sobre la aparición del 13 de julio, que la Virgen aquí les pidió: *sacrificarse por los pecadores y hacer reparación por ellos y rezar el rosario*. Nosotros acabamos de rezarlo como todos los días, en este

entorno de la *Capelinha* de las apariciones; recémoslo con toda piedad, allí donde nos encontremos, todos los días, y no dudéis que la Virgen nos ayudará.

Hemos hecho la procesión con las velas, menos numerosa que otros años por las medidas sanitarias, y he podido contemplar cómo algunos fieles recorren este recinto sacro de rodillas. Son esos sacrificios los que están en sintonía con las peticiones de la Santísima Virgen a los *Pastorinhos*: *Haced penitencia, haced oración, por los pecadores que imploran perdón.*

Que nuestras oraciones lleguen al Corazón Inmaculado de María, Señora de Fátima, y supliquémosle que los dolores, tribulaciones y angustias que está sufriendo el mundo entero en este tiempo de pandemia no nos hagan perder la esperanza. Os suplico que recéis mucho por los jóvenes y los niños para que sean fuertes y la luz de la fe brille con nuevo resplandor en sus existencias tantas veces rotas por el egoísmo, por los conflictos y la violencia en el seno del hogar, por los falsos espejismos que les ofrecen las ideologías de ayer y de ahora, y que tantas veces provocan en sus vidas tanto dolor y desilusión, y a veces, hasta la muerte prematura. Que la Virgen Santísima nos muestre a Jesús, fruto bendito de su vientre en donde sólo se puede encontrar el auténtico Camino que nos guía de verdad a la auténtica plenitud de la Vida. Que la Virgen de Fátima nos ayude y proteja a todos.

Amén.

En la Santa Misa presidida en el recinto del Santuario de Fátima (Portugal)

13 de julio de 2021

Vossa Eminência Senhor Cardeal D. Antonio Marto.

Meus queridos Irmãos no episcopado concelebrantes.

Sacerdotes, diáconos, Membros dos Institutos de Vida Consagrada, de Associações de Vida Apostólica, de Institutos Seculares e novas formas de vida religiosa.

Queridos seminaristas.

Irmãos e irmãs no Senhor:

Mais uma vez, estamos reunidos neste amplo e belo recinto, para celebrar este dia, 13 de julho, e assim honrar, venerar e rezar a quem é nossa bendita Mãe, e através dela dar glória a Deus.

Um dos títulos mais antigos pelos quais nos referimos a Santa Maria é “Theotokos”: a Mãe de Deus. A catedral primitiva da minha diocese foi dedicada a Santa Maria Mãe. Uma das primeiras invocações marianas que nos recorda que em virtude da sua maternidade divina se realizou o mistério da Encarnação; no fundo, um dos acontecimentos mais importantes da história, porque nela celebramos como um Deus inteiro se fez pobre, assumindo a nossa humanidade para nos enriquecer com a sua pobreza. Todo um Deus feito homem. Uma verdade altamente revolucionária nas origens do Cristianismo assim como nos dias de hoje. Neste mistério, o rosto de Deus faz-se presente por meio do rosto visível de Jesus Cristo. Mas Santa Maria não é só a Mãe de Deus, mas também a nossa mãe desde aquele momento em que Jesus, na dramática situação da cruz, no monte Calvário, nos foi entregue como a mãe de todos nós que fomos representados pelo Apóstolo São João. *Aqui está a tua mãe!* E a partir daquele momento *o discípulo recebeu-a como algo seu*. Grande testamento para todos, porque como Mãe de Deus ela **pode ajudar-nos** e como nossa Mãe **quer ajudar-nos... Pode e quere...** Apesar da idade de cada um, ele sente-se sempre uma criança no colo da mãe. Tal como dizia um escritor da minha terra, Castela, que escreveu o seguinte pensamento: *O homem nunca deixa de ser criança no colo da sua mãe.*

Aprofundando-nos nas aparições de Fátima podemos descobrir como a Santíssima Virgem nos ensina a ser crianças, porque só assim, tornando-nos crianças, seremos melhores discípulos missionários, tal como nos lembra o Papa Francisco.

Se formos simples como as crianças, acolheríamos com agrado a Palavra de Deus que nesta celebração chegou até nós através da profecia de Sofonias; nela somos lembrados de que o Senhor está entre nós, alegra-se e desfruta connosco porque *nos renova com o seu amor*. Essa verdade tornaria-nos carne da nossa própria existência cristã, se soubéssemos acolher esta certeza como crianças, vivendo

com grande doçura à vontade de Deus como Maria. Este Deus que nos ama com ternura e *nos renova com amor*, quer que vivamos a experiência de nos sentirmos chamados a ser comunidade sinodal; ou seja, uma família que caminha junta na mesma direção. Isso é a Igreja, uma grande família que quer caminhar unida naquele caminho que tem um nome: *Jesus Cristo*, e que tem por fim: *os novos céus e a nova terra*. Esses céus que foram prometidos aos pastorinhos. Eles conseguiram-no, vivendo a vontade de Deus de forma simples, como as crianças, e muito unidos a Santa Maria. Também nós somos chamados a viver a mesma experiência de comunhão, e conseguiremos, se nos sentirmos unidos aos apóstolos e aos seus sucessores que, junto com Maria, Mãe de Jesus, foram construindo a Igreja.

É o que estamos a fazer agora, reunidos ao redor do altar com a presença de Maria. Queremos ser uma Igreja que, com Maria, nos torne portadores de alegria e amor e, ao mesmo tempo, neste período de pandemia, queremos ser testemunhas de esperança e de vida. Queremos ser uma Igreja viva, uma Igreja que caminha, uma Igreja samaritana, uma Igreja onde, como família de Deus, todos se encaixem.

Neste sentido, não podemos esquecer que, como cristãos, como exigência que brota do nosso Batismo, somos chamados a continuar unidos na oração, junto com Maria, como acaba de nos lembrar a leitura dos Atos dos Apóstolos. A nossa oração será sempre autêntica se aprendermos a fazê-lo na escola de Maria; foi lá que os santos pastorinhos aprenderam; e uma das formas para sermos homens e mulheres de oração é procurar a companhia de Maria.

A Irmã Lúcia conta ao descrever a aparição daquele dia como o de hoje, em 1917: *Momentos depois de chegar à Cova de Iria, junto ao carvalho, entre uma grande audiência (4000 pessoas) que rezavam o terço, vimos o raio de luz mais uma vez, e um momento depois a Virgem apareceu no carvalho. -O que quer de mim? -Perguntei. -Quero que venham aqui no dia 13 do próximo mês, e que continuem a rezar o terço todos os dias em honra de Nossa Senhora do Rosário para obter a paz mundial e o fim da guerra, porque só Ela pode consegui-lo.*

Estes foram pedidos muito atuais que devemos transformá-los em nossos; hoje e aqui. Com a nossa presença queremos realizar o desejo de Nossa Senhora: *venham aqui no dia 13 de cada mês e rezem o terço pedindo a paz e o fim da guerra*. Não existe um pedido mais real e urgente. Continuamos a viver experiências de desolação e guerra; talvez nos nossos países não vivamos como naquela guerra mundial, mas existem outros conflitos que causam tantas mortes quanto os vividos nas guerras. Já se questionaram quantas crianças morreram no seio de suas mães na Europa? Sabem quantos suicídios aconteceram nos nossos países de pessoas jovens, que procuraram a própria morte porque a vida tinha perdido o sentido para eles? E as famílias? E as escolas? E as nossas faculdades onde se pregam ideologias que mais cedo ou mais tarde matam a fé na vida das jovens

gerações? É preciso atender ao convite da Virgem: *rezar!* E especialmente aqui, neste Santuário de Fátima, um lugar privilegiado de oração e conversão.

No centenário das Aparições, o Papa Francisco, na sua homília, neste mesmo lugar, disse-nos com muita convicção algo que recordamos com emoção: *Temos Mãe! Uma Senhora tão bonita, comentavam entre si os videntes de Fátima a caminho de casa, naquele abençoado dia treze de maio de há cem anos atrás. E, à noite, a Jacinta não se conteve e desvendou o segredo à mãe: «Hoje vi Nossa Senhora». Tinham visto a Mãe do Céu. Pela esteira que seguiam os seus olhos, se alongou o olhar de muitos, mas... estes não a viram. A Virgem Mãe não veio aqui, para que a víssemos; para isso teremos a eternidade inteira, naturalmente se formos para o Céu. Queridos peregrinos, temos Mãe, temos Mãe! Agarrados a Ela como filhos, vivamos da esperança que assenta em Jesus.*

Na situação atual com a pandemia que perturba todas as nossas vidas, temos que voltar os nossos olhos para a nossa Mãe bendita, e principalmente para os nossos adolescentes e jovens. Temos que ajudá-los, não criticá-los. Ajudá-los muito, porque eles tiveram que viver num mundo de mudanças permanentes, cheio de imensas incertezas. Muitos com dúvidas sobre o seu futuro, sobre o significado e a utilidade dos seus estudos. Muitos preocupados com a sua família -muitas vezes desfeita ou cheia de confrontos violentos- e, não menos importante, muitos que estão sem esperança porque lhes falta uma perspectiva de trabalho digna e segura das suas vidas. São problemas muito complexos e temos que ajudá-los a resolvê-los, porque os problemas deles são também os nossos.

Pedimos para eles a máxima responsabilidade e respeito neste momento confuso para todos. Caros jovens: sejam responsáveis nos vossos encontros e divertimentos, sendo intransigentes com o mal, insistindo no bem e sabendo sempre olhar em direção ao futuro. *Sempre em frente!*, como dizem os portugueses. Lembrem-se de ir sempre mais longe tendo como referência as palavras de São João Paulo II: *Não tenhais medo. Abram as portas a Cristo.* Ele nunca vos falhará.

A sociedade de hoje está a passar por graves transformações que nos afetam a todos, especialmente as pessoas mais vulneráveis. Entre elas não podemos esquecer as crianças e os idosos. Somos conscientes que na atualidade muitos irmãos estão a sofrer. A todos eles lhes dizemos: *Não desanimem!* Nossa Senhora assim o fez quando disse: *Nunca te deixarei e o meu Imaculado Coração será o teu refúgio e o caminho que te conduzirá a Deus.*

Convido-vos a relembrar a história dos santos pastorinhos sobre o milagre do sol que se via até em Lisboa. Possivelmente, esse fato é o que pode continuar a ter mais significado hoje. Naquele mês de outubro, milhares de fiéis reuniram-se aqui na Cova da Iria. Estava a chover torrencialmente, mas de repente a chuva parou e o sol começou a mover-se de uma forma estranha, semelhante a uma gigantesca bola de fogo. Então o sol voltou à sua posição normal. Muitas das

peçoas que presenciaram aquele acontecimento estavam doentes e, de repente, ficaram completamente curadas. De seguida, outro evento surpreendente ocorreu: o solo húmido e as roupas molhadas dos participantes secaram completamente. Todos esses atos surpreenderam a multidão que ali estava reunida e, no meio daquele mundo céptico, a notícia espalhou-se pelo mundo inteiro. No entanto, além daquele acontecimento presenciado pela multidão, os três pastores foram agraciados com outras visões: *Vimos São José com o Menino e Nossa Senhora das Dores ao lado do sol. O Menino Jesus parecia abençoar o mundo da mesma forma que São José. Mais tarde esta visão dissipou-se e a Nossa Senhora do Carmo apareceu.*

Queridos irmãos e irmãs, devemos levar muito a sério a espiritualidade de Fátima que tem umas conotações muito bonitas: a confissão e a comunhão reparadora dos primeiros sábados, como recomendado pela Nossa Senhora aos videntes a quem ela prometeu conversão e paz, caso eles cumprissem os seus desejos.

Fátima é por tudo isto um “Altar do Mundo” onde sempre nos dirigimos. Que a nossa oração e súplica sejam sempre por todo este mundo tão carente de uma vida mais espiritual onde reine o “ser” e nunca o “ter”. Que acabe a pandemia, as guerras e que em toda a face da terra exista a união, o respeito e a atenção também pelos que não acreditam, pelos que estão longe, pelos ateus e agnósticos, sem esquecer que devemos sempre esforçar-nos para tratar melhor a natureza. Por isso, desde este lugar santo, prestemos atenção às palavras ditas por Nossa Senhora no Evangelho que foi proclamado nesta liturgia: ***Fazei tudo o que Ele vos disser*** (Jo 2,5). Sempre que nos aproximamos da Virgem Maria, Ela nos conduz a Jesus que é Caminho, Verdade e Vida para todos.

Que assim seja.

Misa de funeral celebrada por mi padre

Catedral de San Martiño de Ourense, 3 de agosto de 2021

2 Tim. 2, 8-13

Jn. 11, 17-27

Saludo con afecto agradecido a Mons. Francisco José Prieto Fernández, Obispo Auxiliar de Santiago de Compostela, por su presencia; a mis hermanos en el sacerdocio, tanto a los que forman parte de nuestro Presbiterio Diocesano como a los amigos que han venido de lejos, porque siguiendo esa costumbre de fraternidad y de comunión queréis hacer realidad aquello que hemos aprendido en la Iglesia: hacer memoria de nuestros hermanos difuntos ante el altar del Señor.

Agradezco a las autoridades su presencia con la que me manifiestan su afecto y cercanía. En especial, manifiesto mi reconocimiento al Sr. Presidente del Parlamento de Galicia, al Sr. Alcalde y miembros de la Corporación Municipal de esta querida ciudad de Ourense, en la que, nada más llegar a ella se empadronó mi padre, quien se consideraba un ourensano más, y aquí vivió los últimos años de su vida.

A los Miembros de la Vida Consagrada, de los Institutos de Vida Apostólica y de los Institutos Seculares.

A los integrantes de los Grupos, Movimientos, Asociaciones Apostólicas y de la Acción Católica.

A los miembros de mi familia que, a pesar de las dificultades personales y de salud, se han podido acercar hasta aquí. Y esa prolongación de mi familia que sois: Pilar, Yolanda, Belén y Maribel que, a lo largo de este tiempo, habéis pasado a formar parte de nuestro hogar y habéis tratado a mi padre, y seguís haciéndolo con mi madre, como si fuesen miembros de vuestra propia familia.

A todas las instituciones que me habéis ayudado y me estáis cercanas: la Curia Diocesana, La Fundación San Rosendo, los Seminarios.

A todos sed bienvenidos a esta oración de oraciones, que es la Eucaristía, por el eterno descanso de mi padre José María. ¡Qué Dios os lo pague!

Mis queridos hermanos y hermanas.

Queridos amigos todos:

Esta celebración tiene sentido en cuanto que místicamente la unimos a la Misa exequial que hemos celebrado, el pasado 29 de julio, en la parroquia de Santiago de Barallobre. He pensado en escoger otros textos y hacer una reflexión nueva, adecuada al momento, sin embargo, he preferido que se proclamase la misma Palabra de Dios de la Eucaristía celebrada el jueves pasado. Por otra parte, sabemos que la Eucaristía es una y única, porque uno sólo es el Sumo y Eterno sacerdote, nuestro Señor Jesucristo, aunque nosotros, como peregrinos de la fe,

que vivimos en un espacio y en un tiempo concretos, necesitamos repetir y celebrar el misterio eucarístico tantas cuantas veces podemos, y eso en virtud de nuestras limitaciones y necesidades.

Acabamos de escuchar la recomendación que san Pablo dirige a su discípulo Timoteo para animarle en medio de las adversidades de la vida y lo hace, de manera especial, a través de un himno de los primeros momentos del cristianismo con el que quiere fortalecer su fe. Hemos escuchado estas palabras cargadas de fuerza: *Es palabra digna de crédito*, le dice el Apóstol y, en estos momentos, nos lo recuerda a cada uno de nosotros: *Si morimos con Él, también viviremos con Él; si perseveramos, también reinaremos con Él. Si lo negamos, Él también nos negará. Él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.*

En los momentos difíciles de nuestra existencia, como puede ser la muerte de uno de nuestros seres queridos, el consuelo que nos da la fe y, al mismo tiempo, la certeza de las palabras de vida que brotan de los labios de Jesucristo nos llenan de esperanza y generan paz en lo más íntimo de nuestro ser. Y más en nuestro caso -en el de mis hermanos y en el mío- que hemos tenido la gracia de contar con la presencia física de nuestro padre hasta una edad tan avanzada. Y por todo ello, aunque con el dolor que genera toda ausencia, tenemos que decir *Gracias a Ti Dios mío, Gracias a Ti, Gracias Dios mío*, porque nos has concedido gozar del don de la vida longeva de nuestro padre entre nosotros. El día del entierro de mi padre le decía a toda mi familia que, como hijo mayor, he sido el más afortunado por haber podido compartir, estrechamente, los últimos años y días de la vida de mi padre sobre esta tierra. Ha sido un regalo del cielo para mí porque he aprendido mucho.

En los últimos meses, al contemplar su cuerpo débil y enfermo, luchando hasta el último momento como un buen marino, fue ocasión para que creciese, en medio de las dificultades, esta certeza que brota de la Palabra que acabamos de proclamar y que he escogido para la Misa exequial, y que hemos repetido hoy: *si morimos con Él, también viviremos con él*. Recuerdo su piedad cuando bendecía la mesa o cuando asistía a Misa en la capilla del Obispado. Llegué a envidiar su memoria, cuando recordaba, punto por punto, las largas poesías y oraciones que había aprendido de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuando fue estudiante de la entonces escuela de la Bazán de Ferrol. En esos momentos, me daba cuenta de que la tarea educativa de aquellos religiosos-maestros fue eficaz y dio buenos resultados. Lo aprendido entonces por mi padre, y por tantos hombres y mujeres de su generación, se convirtió al final de su existencia en cauce expresivo para dirigirse al Señor y a su Santísima Madre, bajo la advocación del Carmen. Recordaba el día de su entierro a algunos de los amigos y familiares presentes cómo, ya octogenario, preparaba y engalanaba su balandro para participar en la procesión por la ría, desde la Reveiroa de Barallobre hasta Astano, acompañando a la imagen de la Virgen marinera, Nuestra Señora del Carmen, imagen que el

jueves pasado todavía ocupaba un lugar de honor en el presbiterio de nuestra parroquia natal porque, desde tiempo inmemorial, al otro día de la fiesta de Santiago, el 26 de julio, celebramos su fiesta; en ella, él participó hasta que se vino para Ourense. Hemos querido, mi familia y yo, que el mejor recordatorio de mi padre fuese esa imagen de la Virgen marinera de mi parroquia natal.

Este no es un simple romanticismo. Este es el consuelo que nos da la fe y la devoción que, como regalo, algunos de los que estamos aquí lo hemos aprendido desde muy niños en esa *Iglesia doméstica* que han sido y siguen siendo nuestros hogares. No sé lo que dirán mis hermanos, pero yo puedo afirmar en este lugar solemne, que ha sido mi padre el que me enseñó a rezar la Salve, siendo todavía muy niño. En las últimas semanas, tanto mi familia como las personas que nos ayudaron a cuidar a mis padres, teníamos la certeza física de que se acercaba el momento de su última peregrinación. A veces, os confieso que me gusta ser providencialista, y esta realidad la he vivido la pasada semana. Cuando ya llevaba unos ocho días ingresado en la clínica, el mismo día en que se celebraba la fiesta del Carmen en la parroquia de Santiago de Barallobre, para mi familia una fecha muy querida, su salud experimentó un cambio radical, un paso que ya no admitía retorno; en esa misma tarde pude asistir al inicio de su última singladura por los mares de esta tierra camino de la eternidad. A pesar de las dificultades con las que se encontraba para hablar, cuando le acercaba a sus oídos mi móvil y escuchaba la *Salve Marinera*, reaccionaba inmediatamente y la cantaba bajito con sus pocas fuerzas, pero con todo el corazón. Y se encendían nuestros corazones cuando cantábamos aquella estrofa: *Sí, fervoroso llegue al cielo... hasta ti, hasta ti nuestro clamor*. Me consuela pensar que fueron la *Salve marinera* y la invocación que le repetía en sus oídos, durante las muchas horas que hemos pasado juntos: *Madre mía ayúdame, Virgen del Carmen, ayúdame...*, esas sencillas oraciones dirigidas a la Virgen, las últimas palabras que recogió su mente.

¡No es fácil morir! Y no poseemos ningún manual de instrucciones para aplicar cuando llega el momento, si es que nos damos cuenta de él porque vivimos en una sociedad en la que cada vez es más frecuente morir solo. Nos damos cuenta de que es la vida misma la que se ha convertido en maestra de vida para enseñarnos a morir. La Iglesia, como maestra a lo largo de los siglos, ha puesto en nuestras manos una serie de oraciones y, de manera especial, la Santa Unción y el Viático, como preparación para bien morir. Mis queridos hermanos sacerdotes, no os podéis imaginar el gran detalle de caridad exquisita que supone el haber acompañado o ayudado a un hermano o a una hermana -o a un padre o madre- en el momento de su tránsito de esta vida a la eternidad. Sólo en esos cielos nuevos y en esa tierra nueva seremos capaces de comprender el valor de estas pequeñas acciones.

Nada mejor que la vida y las palabras de Jesucristo Nuestro Señor para apren-

der esta lección de vida. Mis queridos amigos, quisiera deciros que, ante el hecho de la muerte de uno de nuestros seres queridos -tuviera los años que tuviese-, siempre se nos llena el corazón de dolor, pero el ánimo de esperanza; porque en esos momentos es cuando la fe en Jesucristo, el Dios de los vivos, nos abre a una nueva dimensión: la vida eterna. En este sentido, las palabras de San Juan, que se han proclamado en esta liturgia, siguen siendo muy comprometedoras para todos. De ahí que la pregunta que Jesús dirige a Marta, ante la muerte de su hermano Lázaro, el mismo Jesús nos la hace también a nosotros en estos momentos: *¿Crees esto? ¿Crees que Jesús es la vida?* Y la respuesta de aquella mujer nos parece sincera y valiente; podemos decir que envidiable: *Sí, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.*

Al contemplar los restos mortales de nuestros seres queridos nos damos cuenta de que sólo las palabras de Jesús, el Cristo, el Dios muerto en la cruz por nosotros y resucitado para darnos vida, encierran en sí la *razón suficiente y necesaria* para dar sentido a nuestra existencia. Por eso, en ocasiones como esta, es bueno que nos dejemos preguntar por el mismo Jesús, el eterno viviente: *¿crees que yo soy la resurrección y la vida?* A pesar de las modas del momento, de las frivolidades de esta mal llamada sociedad del bienestar, que se desestabiliza radicalmente ante la presencia de un imperceptible virus que nos llena de enfermedad, miedo y muerte; a pesar de todo ese racionalismo cargado de engreimiento, de nuestros egoísmos y rivalidades, de nuestra búsqueda de interés y de nuestra falta de gratitud, ante todo esto, con las mismas palabras del Evangelio, que son Palabras de Vida Eterna, decimos y hacemos nuestras las palabras de Jesús:

El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá, y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre.

En estas palabras de vida se funda nuestra fe y nuestra esperanza. Fe y esperanza que dan sentido a nuestra existencia como peregrinos por este mundo en medio de las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios. La fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre que se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza, es la que nos ayuda a construir esos valores de eternidad que el mismo Jesús sintetiza en las Bienaventuranzas. No podemos olvidarnos que, precisamente, la vida es una propedéutica -una enseñanza viva y sapiencial- para saber morir bien. Y en la medida en que luchamos por construir esa nueva escala de valores, abiertos a la trascendencia, nos convertimos en auténticos ciudadanos que luchan desde aquí por conseguir esa eternidad, esos cielos nuevos y esa tierra nueva que el Buen Dios tienen preparada para quien lo ama.

No quisiera alargarme más porque muchos sois de lejos. Sólo invitaros a que volváis la mirada de vuestro corazón a esa pequeña imagen que se encuentra en el parteluz del Pórtico del Paraíso de esta Catedral: la *Virgen del Consuelo*, a fin de suplicarle que mi padre y cada uno de nosotros podamos contemplar un día

la ternura del Dios de la misericordia que en este mundo se nos hace presente a través de la cercanía de María que, como Madre de Dios, quiere enseñarnos el camino de la vida verdadera, que es la vida al estilo de Jesucristo; y como Madre nuestra que es quiere ayudarnos a vivir nuestros compromisos en este mundo y de cara a Dios que son la clave de acceso a la eternidad. María puede y quiere ayudarnos; es necesario que, a pesar de nuestros años, nos sintamos como niños pequeños ante la Virgen Madre, porque, como bien ha dejado escrito uno de nuestros poetas -hombre de fe-: *O home nunca deixa de ser pequeno no colo da sua Mae.*

Que la Santísima Virgen, Señora del Carmen y Madre del Consuelo, interceda por mi padre José María y ruegue por todos nosotros para que nos ayude a alcanzar el monte de la perfección que es Jesucristo.

Amén.

Misa con motivo de los 120 años de la fundación del Asilo de O Carballiño

O Carballiño, 15 de septiembre de 2021

Mis queridos hermanos sacerdotes concelebrantes.

Sr. Teniente Alcalde do Concello de O Carballiño.

Sr. Director Xeral de Maiores da Xunta de Galicia.

Sr. Presidente de la Fundación San Rosendo.

Autoridades.

Saludo con cordial afecto a las Siervas de Jesús de la Caridad que junto con el capellán de esta institución se preocupan de la labor pastoral y de la asistencia religiosa de los residentes de esta Residencia.

Hermanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

*Con afecto agradecido, en mi nombre y en el de los demás miembros del “**Patronato de la Fundación Hermanos Prieto Asilo de Ancianos de O Carballiño**”, saludo a la Directora-Gerente de esta Residencia, a su equipo de dirección, a todos los empleados y, de manera muy especial os saludo a vosotros los Residentes de este Centro que quiere ser vuestra casa.*

Queridos amigos del Asilo de O Carballiño.

Hermanas y hermanos en el Señor:

En este día, en el que la liturgia de la Iglesia nos invita a celebrar la memoria de la Virgen de los Dolores, nos hemos reunido en este lugar que ha sido y sigue siendo el alma de esta institución, lugar en donde han deseado reposar los fundadores de este Asilo en espera de la resurrección final, y lo hacemos para dar gracias a Dios por los 120 años de su historia. Una historia cargada de servicio a tantos hombres y mujeres de esta Villa y de su entorno.

La Iglesia, que es como una gran familia, siente un gozo especial al celebrar la fiesta de la Madre, de María, en su advocación tan popular de los Dolores. El papa Francisco decía con fuerza que en la Iglesia tenemos una madre, y si sentimos la presencia de esta madre, seguro que cada uno de nosotros nos sentiremos hijos y, por consiguiente, hermanos. Este sentimiento de filiación y fraternidad vividas al estilo divino ha cautivado el corazón de tantas personas a lo largo del tiempo; de hecho, esta Institución en la que nos encontramos ha sido un deseo que ha brotado en el corazón de dos grandes mujeres que quisieron convertir el hogar de sus padres en un lugar de acogida a los ancianos más desvalidos de su época. Aquella experiencia tuvo su inicio a principios del siglo XX, una época especialmente difícil y complicada sobre todo para aquellas personas que, por circunstancias de la vida y por su edad avanzada, se quedaban desprotegidas. Pensad que no se habían establecido los subsidios sociales, ni las pensiones de viudedad. En el corazón de Dña. Adelaida Prieto Pereira, fraguado en la escuela

del Evangelio, se inicia esta aventura de la que hoy celebramos sus ciento veinte años de servicio ininterrumpido a la causa de la ancianidad.

Mis queridos amigos: qué fuerza y qué dinamismo imprimen en las personas que tienen fe esos valores que, hundiendo sus raíces en el genuino espíritu del Evangelio, son capaces de realizar empresas apostólicas y caritativas de una gran trascendencia. Cuando en una familia y, por consiguiente, en una sociedad comienzan a resentirse la educación en esos valores que ha predicado el cristianismo, entonces, paulatinamente comienza a resquebrajarse ese entramado social y surgen luchas y enfrentamientos, incluso entre los miembros de la misma familia; aparecen signos de violencia tanto dentro del hogar como en nuestras calles, y todos somos testigos de lo que afirmo. Como muy bien decía el papa Francisco, cuando en el corazón de una persona o en una sociedad Dios molesta y pretendemos apartarlo de nosotros; cuando deja de tener importancia y se convierte como un sucedáneo del pasado; cuando se le presenta como esa realidad que pretende robarnos autonomía y coartar nuestra libertad, entonces no nos extrañemos que, poco a poco, al desaparecer Dios de nuestro horizonte, terminemos luchando unos contra otros y convirtiéndonos en seres puramente autónomos e individualistas en donde lo único que nos interesa son nuestros sentimientos y deseos, y lo que prevalece es la ley de los más fuertes y de la sinrazón.

En cambio, qué distinto es el ambiente de esa familia que está fundada en valores cristianos. Qué diferentes son sus pautas de conducta y sus comportamientos. Sus consecuencias positivas tienen en sí tanta fuerza y dinamismo que les perpetúan más allá de su muerte, sucediéndoles en el tiempo. Un ejemplo lo tenemos en esta Institución. La familia Prieto Pereira, compuesta por los hermanos: Dña. Adelaida, D. Severino, D. Leandro y Fray Juan María, y aquellos que se incorporaron al entorno familiar fueron cautivados por este mismo espíritu; así sucedió con Dña. María Luisa García que, desposada con D. Severino, hizo suyo el ideal de caridad de los hermanos Prieto, de tal modo que esta última, a su muerte, hace testamento en donde nombra herederos de su fortuna *a los pobres*. Así rezan sus últimas voluntades, y así las cumple su esposo, haciendo que esos pobres tengan un rostro concreto y se visibilicen en los ancianos recogidos en el Asilo que estaba comenzando a funcionar en la casa de sus padres. Mis queridos amigos: en una sociedad tan pragmática como la nuestra, ¿cómo definiríamos este comportamiento? Es signo de un gran altruismo, de un especial mecenazgo, o quizás, sin más, una consecuencia elocuente de la vivencia cristiana de la virtud de la caridad que los hermanos Prieto habían aprendido en el hogar cristiano de sus padres que perdurará en el tiempo en esta Residencia-Asilo de Ancianos de O Carballiño.

Esta realidad adquiere su auténtico sentido cuando se la sitúa y entiende desde la perspectiva de la fe en Jesucristo; una fe que siempre nos ayuda a descubrir la

dimensión trascendente de nuestras acciones, aunque éstas sean imperceptibles. Así nos lo enseña Jesús en el Evangelio al decirnos que aquello que hagamos a los más pequeños y necesitados se lo hacemos al mismo Dios. Porque los creyentes sabemos que el rostro de Cristo se hace presente en nuestra historia no sólo a través de su Palabra, de los sacramentos y de la misma Iglesia, sino también a través de los hermanos más vulnerables y necesitados. Así nos lo han enseñado los mejores hijos de la Iglesia, los santos, que, a pesar de las críticas, las calumnias, las incomprensiones, las graves necesidades económicas que experimentaron, supieron seguir adelante porque para los cristianos las más pequeñas acciones, las que sólo Dios puede contemplar, como aquella insignificante limosna de la viuda del Evangelio de la que nos habla el mismo Jesús, tienen un valor de eternidad. De aquellos gestos y de aquella generosidad ha brotado esta institución centenaria que ha vivido en su ya largo recorrido momentos muy difíciles, pero con la ayuda de Dios y con la generosidad de tantos hombres y mujeres de esta villa de O Carballiño y de sus alrededores se ha podido llegar hasta la actualidad en donde se encuentran 104 residentes y se da trabajo a 59 personas.

Es de justicia decir que los Hermanos Prieto contaron, casi desde los orígenes de esta Residencia, con la valiosa colaboración de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, una Congregación religiosa femenina que a principios del siglo XX era la institución experta en la acogida y en la atención a los ancianos más pobres y desvalidos. Con ellas hemos podido contar hasta hace poco más de un año y con gran dolor para muchos, y la incomprensión de otros, tuvimos que aceptar la determinación de la Madre Superiora de las Hermanitas, que con su Consejo General, debido a la escasez de vocaciones y a la edad elevada de muchas de sus religiosas, se ve impulsada a ir cerrando comunidades en diferentes lugares de España. Aprovecho la ocasión para pedirnos que encomendéis en esta Santa Misa a una de las Hermanitas de la Residencia de san José de Rairo que falleció esta mañana; allí iré, si Dios quiere, como hemos ido el pasado viernes a la Residencia de Santa María de Verín, a presidir la Misa exequial por otra Hermanita. Rezad por ellas y pedid al Señor de la mies que nos conceda vocaciones para la vida consagrada.

A pesar de todas las dificultades de dentro y de fuera, como cristianos tenemos que seguir luchando por la causa que ha inspirado la fundación de esta Casa. Animo a todos a que sigáis colaborando, como lo habéis hecho siempre, con este hermoso proyecto que es necesario optimizar de acuerdo con los criterios del momento y más ahora que estamos siendo golpeados por esta pandemia que se resiste a dejarnos. Que en esta Casa los ancianos encuentren un hogar, en donde las enseñanzas del Evangelio de Jesucristo deben constituir los referentes de toda la acción humana y evangelizadora que aquí se realice.

Os invito a que volváis la mirada del corazón a la escena que nos presenta hoy el Evangelio que hemos proclamado en esta celebración de acción de gracias.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella el discípulo al que amaba, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego, dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio (Jn 19, 25-27).

El Evangelio nos dice que el discípulo la recibió como *algo propio*. Si queremos vivir con autenticidad nuestro cristianismo; si deseamos emular a los fundadores de esta institución; si queremos ser constructores positivos de un mañana lleno de esperanza para cada uno de nosotros y para los residentes de esta Casa, es bueno que sintamos que cada uno de ellos es “algo propio” para nosotros. Es decir, no son personas descartables -como afirma el papa Francisco refiriéndose a los ancianos-, ni simples números, sino que son la memoria viva de un pasado que debemos querer y sentirlos como *algo nuestro* que nos enseñan a descubrir que, así como hoy los vemos, así otros nos verán y nos tratarán. El proyecto existencial de esta Residencia de la Fundación Hermanos Prieto no puede quedarse anclado en el pasado, sino que, bien situados en el presente, optimizando todos sus recursos, también los humanos, nos pongamos a trabajar con ilusión de cara a un futuro inmediato que se nos presenta lleno de retos y dificultades. Si nos entretenemos en el camino con otras cosas, si sólo vemos dificultades y subrayamos los errores de los otros, todo esto puede desviar nuestra atención y desgastar nuestras energías creando tensiones y situaciones inútiles, que pueden llegar a ralentizar ese proyecto modernizador y humanizador de los residentes. Por ello, con ocasión de esta efeméride, os invito a todos los que estáis implicados en la gestión de esta Institución a que sepáis descubrir que todo aquello que hagáis para buscar juntos el bien de los ancianos eso mismo redundará en vuestro propio beneficio. Si lo hacemos así, cumpliremos aquella consigna de un gran catequista del siglo II: *La gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en ver a Dios*. Esforcémonos todos, de manera especial los que trabajáis en esta Institución, sea cual sea vuestro cometido, aunque sea el más sencillo y humilde, por lograr un ambiente más feliz y pacífico para los ancianos; de este modo, os daréis cuenta que en la medida en que os entreguéis a esta causa, vosotros mismos os beneficiaréis de vuestro trabajo porque buscaréis la gloria de Dios que consiste en procurar el bien de los más pobres, como decía Dña. María Luisa, y esos que son los más necesitados son aquellos que debido al paso de los años se sienten más vulnerables y están más necesitados no solo de vuestro trabajo bien hecho, sino también de vuestro cariño.

Que la Virgen Santísima de los Desamparados, que preside el retablo de esta capilla, que debe ser el alma de esta Casa, os ayude y os acompañe ahora y siempre.

Amén.

ESCRITOS

La Iglesia es una gran familia

En las circunstancias históricas en las que nos encontramos, siempre apremiados por las prisas, sintiéndonos en ocasiones como individuos de un cosmos de soledades, con noticias que a cada instante solapan las anteriores, la mayor parte de las veces la Iglesia se nos muestra como una noticia más, a veces negativa, que sólo nos afecta epidérmicamente. Sin embargo, cuando queremos acercarnos al rostro vivo y auténtico de la Iglesia, recurrimos a una imagen cargada de riqueza y verdad, que encierra en sí un sentimiento profundo de vida, de amor, de entrega, de generosidad: *La Iglesia es una familia, una gran familia.*

Si percibimos a la Iglesia como esa gran familia, ese “hogar” de hogares, nos damos cuenta de que sólo así la podemos entender como algo nuestro. En medio de tantos mensajes negativos y llenos de contrastes, no es fácil percibirla de este modo. En realidad, ese es el auténtico sentido de la Iglesia, que contrasta con “lo institucional”, pero que se nos muestra como esa conjunción de inteligencias y voluntades que han sido ganadas por la vida y el mensaje de Jesucristo. Si descubrimos de este modo el verdadero rostro de la Iglesia entonces nos daremos cuenta de que todo aquello que le afecta, tanto bueno como malo, es algo que tiene una fuerte incidencia en nuestra vida. La Iglesia que Jesús, el Resucitado, confió a Pedro y a los demás Apóstoles, digan lo que digan, no es eso que nos presentan; es siempre una realidad más viva y comprometedora que va más allá de las apariencias y de las sutilezas de ciertos mensajes que pretenden socavarla o convertirla en algo irrelevante en medio del devenir de nuestra sociedad.

La Iglesia es y debe sentirse como una gran familia a la que tengo la suerte de pertenecer y, sin ella, toda mi existencia estaría avocada al sinsentido. De ahí los duros cambios experimentados por tantas personas que al perder su referencia a la Iglesia y alejarse de esa “gran familia” perdieron incluso su relación con Jesucristo, como el Dios eternamente vivo, que está siempre buscando ocasiones para encontrarse con nosotros y manifestarnos su amor misericordioso.

No podemos dejar que se apague en nuestro corazón el auténtico sentido de la Iglesia como “gran familia” porque, si esto acontece, se extinguirán las muchas realidades que nos superan y son clave para nuestro sentido de eternidad. Cuando contemplamos los testimonios histórico-artísticos de la vida de la Iglesia, nos damos cuenta que son realidades que han superado lo efímero del tiempo del que dispusieron aquellos que nos han precedido en el don de la vida y de la fe; sin embargo, en medio de las dificultades del momento, con muchísimos menos medios materiales que nosotros, nos los han dejado como testigos elocuentes de su historia, de su generosidad y, sobre todo, de su fe.

Sentir la Iglesia como una gran familia, y sentirla como algo propio, siempre supone acoger sus necesidades y proyectos, y asumirlos como una tarea a realizar. Pero no nos olvidemos que, para sacar adelante este gran proyecto de Jesús, con sus luces y sombras, es necesaria nuestra colaboración y ayuda. No sólo la afectiva, sino también la efectiva, porque sólo así se podrá realizar como una gran familia que acoge bajo “sus alas” a todos sin pedir a nadie ningún documento de referencia. Ayudar a la Iglesia en sus necesidades, y colaborar con ella en sus múltiples tareas, es una acción que nos hace sentirnos: hijos, hermanos, padres, miembros de esta “gran familia”.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

O Día de Galicia

A lo largo de estos meses, muchos “caminos”, y no sólo ellos, sino también las miradas de muchos corazones, se dirigen a Santiago de Compostela. Desde el siglo IX -dicen algunos expertos-, “Compostela”, la ciudad “bien construida”, “hermosa”, se convirtió en una especie de polo de atracción para tantos hombres y mujeres del mundo conocido hasta entonces. Unos venían por un auténtico espíritu de piedad cristiana, otros por realizar una promesa o compromiso con el “Hijo del Zebedeo”; algunos venían sustituyendo a otros, y también caminaban hacia el que se estaba convirtiendo en “faro de Occidente”; muchas otras personas, por todos los variados motivos que imaginar se puedan, se lanzaban a los caminos hacia Santiago. En realidad, el Camino de Santiago se convirtió en un camino de conversión.

Si para destacados personajes del espíritu, Europa se hizo peregrinando en torno a la memoria del Apóstol Santiago, es a su vez verídico que esta misma secular peregrinación ha transformado la llamada “**Europa del espíritu**”. Así la denominaba uno de los grandes intelectuales de finales del siglo XX y de comienzos del XXI, me refiero a Benedicto XVI, con estas palabras: *¡Ten seguridad! ¡El Evangelio de la esperanza no defrauda! En las vicisitudes de tu historia, de ayer y de hoy, es la luz que ilumina y orienta tu camino -escribía Juan Pablo II-; es fuerza que te sustenta en las pruebas; es profecía de un mundo nuevo; es indicación de un nuevo comienzo; es invitación a todos, creyentes o no, a intentar caminos siempre nuevos que desemboquen en la **Europa del espíritu**, para convertirla en una verdadera “casa común”, donde se viva con alegría* (Exhortación *Ecclesia in Europa*, n. 121). Y yo me atrevería a decir, con alegría y esperanza, porque es precisamente la esperanza esa realidad fuerte que necesita Occidente.

Cuando volvemos a repasar las páginas, auténticamente críticas, de la historia de la Europa que conocemos, descubrimos cómo a lo largo del Camino de Santiago se han hecho realidad una serie de logros colectivos de aquellas comunidades cristianas: catedrales, monasterios, parroquias, santuarios, universidades, hospitales, lazaretos. Todas estas realidades, todavía existentes, no son hermosas reliquias de un pasado silente; son expresiones variadas que actúan como “despertadores” de las conciencias dormidas. Tampoco son el reflejo de planteamientos ideológicos de corte hegeliano: “si la realidad no se adecúa a la idea, peor para la realidad, lo que importa es la idea”. Si este fuera el caso, entonces serían “ideas” cargadas de sentimentalismos, de voluntarismos frustrantes y de populismos que no aportarían nada. El Camino de Santiago ha dejado, y sigue haciéndolo, una serie de raíces que han generado el encuentro entre civilizaciones, distintas culturas que han tenido su origen en el entorno de la antigua Mesopotamia y el Mediterráneo.

El mundo y, por consiguiente, también la vieja Europa encerrada en sus intereses económicos, además de ser injusta con los demás pueblos de los que ella es deudora, también se asfixia a sí misma. Están equivocados aquellos que piensan que todo se soluciona convirtiendo a su país (patria, nación) en una especie de isla del bienestar social que hay que defender, incluso a costa de sacrificar a algunos individuos concretos (aborto, eutanasia, etc.). Un planteamiento de este tipo ni es realista ni es justo ni va de acuerdo con lo más íntimo que encierran en su corazón una gran mayoría de los ciudadanos. Por eso, decir “Camino de Santiago” es decir “Europa”, es afirmar la existencia de los valores cristianos que se encuentran en el trasfondo de nuestra realidad socio-cultural, queramos o no admitirlo. Por eso, el papa Francisco, aplaudido en muchas de sus afirmaciones y silenciado en otras, ha afirmado que, *si hiciésemos desaparecer la fe en nuestras ciudades, se debilitaría la confianza entre nosotros, porque quedaríamos sólo unidos por el miedo.*

La crisis demográfica que estamos viviendo en nuestras aldeas, villas y ciudades, vacías de vida y, por tanto, de futuro; la banalización mediática de dimensiones muy importantes del ser humano como es todo lo que se refiere a la sexualidad; el mismo cuestionamiento de la familia -que sigue siendo una las instituciones más fuertemente valorada por todos los ciudadanos, también por los jóvenes-; la prevención ante los migrantes, la desconfianza hacia las instituciones públicas, la parálisis progresiva que experimentamos ante el compromiso personal que destruye un sinnúmero de relaciones personales y las abre a la ruptura como única solución, lo que supone un camino sin retorno; y no digamos nada acerca de la crisis que se está experimentando en el ámbito educativo a todos los niveles, representan algunas de las graves problemáticas de este inicio de milenio.

En medio de estas circunstancias, que alguno puede estimar que son muy negativas, celebrar el Día de Galicia, es vivir un encuentro con las raíces de nuestra historia que no se puede entender sin la existencia del fenómeno socializador de la fe cristiana en nuestros pueblos y entre nuestras gentes. Un hecho con luces y sombras, como lo son todas aquellas empresas en donde está implicado el genio humano. Sin embargo, en este caso, son muchas más las realidades positivas iluminadas por el genio del Evangelio predicado por los discípulos de Jesús, y que la tradición jacobea hizo realidad viva en el testimonio de uno de los “Amigos del Señor”, que las negativas. Que la celebración de la fiesta de Santiago, en este Año Jubilar Compostelano, Día de Galicia, sea una ocasión propia para recuperar las raíces auténticas de nuestro ser y de nuestro obrar que hicieron fecunda una civilización en la que hemos nacido y crecido y deseamos que en ella encuentren un faro de esperanza las nuevas generaciones.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Iglesia en camino

Cuando, hace más de año y medio, irrumpía en nuestras vidas la pandemia, en Ourense estábamos inmersos en la recta final del Sínodo Diocesano. La covid-19 modificó ese calendario, como trastocó también los planes de todos los hombres y mujeres en los distintos ámbitos de sus vidas. En lugar de celebrar las sesiones de la Asamblea Sinodal previstas, lo que se hizo fue aceptar esta nueva situación y afrontar el impacto de la pandemia en la pastoral diocesana y el papel que se espera de la Iglesia, en medio de las encrucijadas dolorosas y de las incertidumbres existenciales que estamos viviendo para no caer en la desesperanza o, en lo que es peor, la indiferencia. Las sesiones de la Asamblea Sinodal pudieron retomarse siguiendo las nuevas medidas y protocolos, pero conservando el entusiasmo, la representatividad y la participación que caracterizaban este camino sinodal en nuestra Diócesis.

Por otra parte, ha salido a nuestro encuentro un acontecimiento nuevo que refuerza el camino sinodal que hemos emprendido como Iglesia particular en 2016. Me refiero a que el papa Francisco también nos ha invitado a participar activamente en el próximo Sínodo de los Obispos que tiene como eje de reflexión lo que ha sido, y sigue siendo, centro de atención en nuestra Diócesis durante los últimos años: *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. El Sínodo ha sido y sigue siendo un gran sueño para nuestra Iglesia particular, que pretende constituir una Diócesis misionera, testigo creíble en una sociedad que está cayendo en la peor de las actitudes: la indiferencia hacia el hecho religioso cristiano. Un sueño que nos ha llevado a descubrir que todos somos necesarios para llevar a cabo la nueva tarea evangelizadora y que la Iglesia es esa gran familia que sí nos importa, que sí queremos y que nos resulta imprescindible para vivir nuestro encuentro con Jesucristo.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Saludo a la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica Miño de Ourense

Cumplo con agrado la invitación que me ha hecho la *Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica Miño* de Ourense y, desde aquí, saludo a los organizadores y a todos los participantes en la Vigésimonovena Exposición Filatélica EXFICALICIA-XACOBEO 2021, que viene a ser como un campeonato gallego de filatelia que se celebrará en la “ciudad das burgas” del 20 al 26 del próximo mes de septiembre.

A través de los sellos, esas pequeñas estampillas postales, hemos sido capaces de llegar a los lugares más extremos de nuestro planeta. En esta ocasión, participan en esta exposición hombres y mujeres de otras autonomías y, también, de la vecina nación hermana de Portugal. Es un magno acontecimiento que, una vez más, centrándose en Ourense se extiende a toda Galicia y, desde aquí, se expande por el mundo entero. No sin razón se ha escogido el motivo “xacobeo” por encontrarnos en este 2021 celebrando un Año Santo Compostelano que se extenderá hasta finales de 2022. Acontecimiento éste en el que se encuentra muy implicada la ciudad de Ourense, su provincia y diócesis, porque, desde tiempo inmemorial, el Camino hacia Compostela atraviesa nuestra geografía por diversos lugares. Prueba de ello lo constituyen los testimonios arquitectónicos y artísticos que siguen siendo muy elocuentes.

La catedral del Señor San Martín de Ourense es la más jacobea de todas las catedrales de Galicia, después, evidentemente, de la de Santiago. Lo demuestra la frecuente iconografía y la devoción que en ella se manifiesta a los santos vinculados con la devoción santiaguista. Por este motivo, hubiera deseado que la exposición de este año tuviese un marco incluso más emblemático que el que tradicionalmente la acoge, que es el bellissimo Pazo de Oca-Valladares, sede del Liceo de Ourense, una de las más antiguas entidades culturales de Galicia que todavía existen y que sigue prestando un gran servicio a la cultura y, a través de ella, a la ciudad de Ourense, a toda la provincia y sus gentes.

No me queda más que reiterar mi felicitación a los organizadores y, sobre todo, quisiera agradecerles esa preocupación que siempre han mostrado por los niños y los jóvenes en los que desean que prenda con fuerza el buen coleccionismo, de manera especial la filatelia, porque a través de ella se hace cultura y se les ayuda a sumergirse en las raíces auténticas de los verdaderos acontecimientos de nuestra historia real. Cada sello es una instantánea de un momento de nuestro pasado colectivo, pero de un pasado que nada tiene que ver con la nostalgia y sí nos dice mucho sobre los fundamentos reales de la historia; en este caso, el “hecho jacobeo” se convierte, con ocasión de una Año Santo Jubilar, en uno de esos exponentes de nuestro pasado. Si Compostela se hizo peregrinando, Ourense y su provincia ha sido toda ella, no solo peregrina por los caminos del mundo, sino

emigrante que siempre ha llevado en el corazón la “morriña” de esta tierra, de sus costumbres y de sus raíces cristianas; por eso, el ourensano nunca ha dejado de sentirse de esta tierra y de sentirse conmovido con los pequeños detalles, tan elocuentes, que a través de la filatelia han llegado hasta el lugar en donde vivía: recordemos los sellos con los cruceiros de Galicia, los trajes regionales, los monumentos más significativos, sus personajes más emblemáticos que han ocupado un puesto de honra en esos sellos que llegaron hasta el fin del mundo.

J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

EN LA REVISTA DIOCESANA *COMUNIDADE***Julio***Un tiempo para el descanso*

Muchas personas, aunque sigan manteniendo sus ocupaciones ordinarias, dedican, en la medida de sus posibilidades, un tiempo para el descanso. Este curso ha sido especialmente intenso para todos, como consecuencia de la pandemia y los procesos de vacunación no exentos de cierta tensión, sin olvidarnos de las graves situaciones sufridas por muchas familias a causa de la falta de trabajo o de su pérdida, por motivos de la pandemia. También los niños, tanto los adolescentes como los más jóvenes, han experimentado ciertas tensiones, impensables en el curso pasado, que los han llevado al uso continuado de la mascarilla en el aula y al exigente ritual del uso de los geles hidroalcohólicos. Sesiones incómodas, pero que han sido observadas con fidelidad, incluso por los más pequeños, y por ello merecen nuestro aplauso y reconocimiento. Yo mismo he sido testigo de los grupos de jóvenes que han recibido la Confirmación en las últimas semanas del curso y lo responsables que han sido.

Los meses de julio y agosto traen un espacio vital diferente en donde, al disfrutar de la naturaleza, se le ha sumado que ciertas normas anticovid hayan dejado de ser tan estrictas. Sin embargo, a la covid-19 parece que le ha sucedido ese otro virus que casi nos está llevando a usar otro tipo de pantallas protectoras porque la hermosa naturaleza, que hace todavía unas semanas nos había obsequiado con su verde frescura, ahora una vez más parece intoxicar nuestra atmósfera con el humo de los incendios. No podemos permanecer impasibles ante este gravísimo fenómeno. Quien quema la naturaleza comete un grave atentado contra el ser humano y, todo aquello que daña al hombre y a la mujer de nuestros pueblos, constituye un gravísimo pecado contra Dios que es su Creador. No solo se queman nuestros montes, sino que también lo que antes parecía un hermoso tapiz de infinidad de colores, en el que habitaban las más variopintas de nuestras faunas, se convierte en momentos en un “infierno en la tierra”. Porque donde hay muerte, aunque sea del ser más pequeño, casi imperceptible, se proyectan las sombras de lo peor que habita en un ser humano. No existe justificación alguna para provocar un incendio, ni hay intereses que, por “muy nobles” que pudieran ser considerados, mitiguen por momentos un crimen contra la naturaleza.

Los que profesamos la fe en el Dios de Jesucristo, un Dios de vivos y no de muertos, ¡un Dios vivo!, debemos comprometernos más seriamente en la defensa del medio ambiente, en su limpieza, su cuidado y, si fuese necesario, llevar a cabo acciones propositivas que ayuden a las autoridades competentes a conseguir que la naturaleza y su entorno constituyan la “casa común” en la que todos podemos

vivir y que todos, desde los niños a los ancianos, debemos proteger y cuidar. Esta sana ecología sigue siendo una asignatura pendiente de la que en este mes todos podemos examinarnos. Todos debemos convertirnos en esos defensores de la vida, de todo tipo de vida, porque haciéndolo así damos Gloria al Dios de la vida.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
 J. Leonardo Lemos Montanet
 Bispo de Ourense

Agosto

¡Estamos de fiestas!

El mes de agosto es un tiempo que, en nuestra Diócesis, se convierte en una ocasión propicia para las fiestas patronales. En muchas de nuestras parroquias, el día del patrón o patrona viene precedido de un novenario. Durante esos días, los sacerdotes responsables de cada comunidad cristiana, ya sean parroquias grandes o pequeñas, preparan a los fieles para vivir mejor la fiesta del santo titular. Son ocho días en los que se celebra la Eucaristía, hay una predicación más cuidada de lo habitual, procurando que tenga un lenguaje adaptado tanto a la mentalidad de nuestras gentes como a la situación de nuestros pueblos; se pide, además, que se refiera a las lecturas proclamadas en la Liturgia de la Palabra y así, la Palabra de Dios sea aplicada a la vida cotidiana. Se reza el Rosario en comunidad y también se ofrecen oportunidades para recibir el sacramento de la Penitencia. En líneas generales, esa viene a ser la dinámica de las novenas. Sin embargo, entre las proposiciones del Sínodo Diocesano en el que nos encontramos inmersos, se nos invita y, en ocasiones, se nos recuerda con insistencia, que no podemos quedar solo en un puro cumplimiento de una serie de tradiciones y costumbres propias de la realidad rural gallega.

Si bien es cierto que la Misa dominical está experimentando un fuerte retroceso, y mucho más en medio de esta pandemia, en cambio las romerías, los novenarios y las peregrinaciones siempre congregaron a un gran número de fieles de todas las edades, incluso niños y jóvenes. De hecho, las fiestas patronales de la mayor parte de nuestras parroquias, también en las más pequeñas, siguen reuniendo a un buen número de vecinos, muchos de los cuales ya no viven en esos lugares y regresan a ellas con motivo de las vacaciones o con ocasión de las fiestas patronales, de un entierro o de algún acto general de difuntos o de cualquier otro acto significativo. Las fiestas bien preparadas se convierten en un medio singular para la inculturación de la fe cristiana en el corazón de nuestros pueblos. No podemos caer en la tentación de claudicar ante algunas manifestaciones durante las fiestas patronales que cayeron en manos de instituciones culturales públicas,

conscientes de que son ocasiones propicias en las que se lleva a cabo una intensa socialización natural de villas, pueblos y aldeas.

La Iglesia, siguiendo el mandato de Jesucristo, tiene que “lanzar las redes” sin miedo, aprovechando estas ocasiones lúdico-festivas, para llevar a cabo un proceso de evangelización que puede llegar, no sólo a los fieles habituales que acuden al templo, sino también a los “practicantes ocasionales” y, como no, también a aquellos que están viviendo un momento de distanciamiento de la institución eclesial. Una predicación bien preparada, una liturgia dignamente celebrada, con los cantos y la música oportuna, con los ministros y los acólitos necesariamente ensayados, toda esta experiencia eclesial se puede aprovechar como un cauce evangelizador, como un particular “atrio de los gentiles” en donde el mensaje central del misterio cristiano se anuncie con suficiente claridad. En este sentido, una de las proposiciones de las sesiones sinodales nos dice que se deben renovar los ejercicios y expresiones de la piedad popular para que se celebren con sentido bíblico y litúrgico, evitando toda chabacanería y liberándolos de cualquier signo de superstición y de comercialización de lo sagrado.

Además de todo ello, los participantes en las sesiones sinodales nos han dejado alguna proposición en donde se nos pide que aprovechemos las celebraciones de piedad popular como los rosarios, romerías, procesiones y novenas para revitalizar la vida litúrgica de nuestras gentes y convertirlas en ocasión propicia para que los fieles puedan acercarse a los sacramentos de “curación”. Aprovechemos estas fiestas, participemos en ellas y de ellas para que “la alegría del Evangelio llene el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Septiembre

¡Levantemos el corazón!

Así reza una frase del diálogo habitual con el que iniciamos el canto o rezo del “prefacio” en toda Eucaristía. Esta invitación, repetida constantemente, tiene que ayudarnos a descubrir que la vida cristiana debe estar recorrida toda ella por este dinamismo que nos ayuda a reaccionar contra todo tipo de inercias. En este sentido, los miembros del Consejo de Pastoral Diocesano, reunidos en el Santuario de los Milagros, para elaborar las líneas fundamentales que deben orientar toda la programación pastoral diocesana durante este trienio 2021-2024, han escogido, de forma elocuente y, al mismo tiempo, exigente, el texto del Evangelio de Lucas: “Y levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén” (Lc 24,

33). Como bien sabéis, corresponde al relato de “los discípulos de Emaús”.

El cristianismo es más que una religión, es una vida. En ella queremos hacer realidad, en carne propia, el proyecto existencial presentado por el Crucificado-Resucitado. Como en los tiempos de Jesús, también nosotros estamos llenos de dificultades; nos rodean por todas partes una serie de realidades que pueden aplastar nuestra vivencia de la fe: la pandemia, la inercia, el relativismo cultural, el neopaganismo existente, las fuertes ideologizaciones que pretenden apagar el dinamismo del espíritu, y tantas otras cosas. Si no tenemos bien fundada nuestra fe sobre la roca, que es Jesucristo vivo, será imposible caminar correctamente por la vía adecuada, y corremos el riesgo de dirigir nuestros pasos en otra dirección. Podemos emprender una “fuga” hacia los diferentes “Emaús” que nos podemos construir como si fuesen seguridades que nos pueden salvar. Al aceptar la invitación de levantar el corazón, lo que estamos haciendo es apostar por el encuentro con Jesucristo, resucitado y eternamente vivo.

El Dios vivo que camina a nuestro lado, está en nosotros, vive en nosotros y sufre en nosotros. He ahí la clave de toda programación pastoral, como lo está siendo de nuestro Sínodo Diocesano que sigue las pautas trazadas por el papa Francisco: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús” (EG, n. 1). Porque si el lema para el trienio nos invita a no caer en la inercia y luchar por levantarnos siempre, aquél que nos hemos fijado para este curso 2021-2022 es “Jesús se acercó y tocándolos les dijo: levantaos, no temáis” (Mt 17, 7). Somos conscientes de que en ese proceso de “levantarse” la iniciativa la tiene el mismo Dios para con nosotros. Él es aquel que sale a nuestro encuentro, se nos acerca y nos toca, porque aquello que define a nuestro Dios es la “cercanía”, no es un ser lejano que se desentiende de nosotros (cfr. 1 Re 18, 27). La acción pastoral de la Iglesia está llamada a dar el paso de una pastoral de conservación de la fe y de la práctica religiosa, tantas veces epidérmica y poco comprometida con la vida, a una pastoral más misionera. Para ello es necesario plantearse una “conversión personal” para que se haga efectiva esa “pastoral misionera que no puede dejar las cosas como están” (EG, n. 25).

Esta urgencia a la que nos llama la nueva tarea evangelizadora es uno de los grandes objetivos de nuestro Sínodo Diocesano. Esa realidad evangelizadora es la tarea emprendida por la Iglesia desde el principio, sin embargo, se hizo especialmente operativa con el Vaticano II y con el magisterio de Pablo VI, él ha sido quién ha afirmado que la tarea de la evangelización de todos los hombres “constituye la misión esencial de la Iglesia (...) Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar” (EN, n. 14). Y si la tarea de toda la Iglesia es evangelizadora, la Iglesia en Ourense, al concretar su Programación Diocesana de Pastoral 2021-2022, ha reflexionado, rezado y contemplado su realidad -dejándose interpelar por el Evangelio- y ha concretado una serie de acciones encaminadas a acompa-

ñar las diversas comunidades cristianas para que, confrontándose con Jesucristo, se conviertan en comunidades de discípulos misioneros. Este proceso quiere lograrlo mediante el encuentro con la Palabra de Dios, a través de todos los medios a su alcance, de manera especial potenciando los “grupos bíblicos”. Nadie que se acerque a la lectura creyente de la Palabra permanece indiferente a toda la conversión pastoral. Junto con la Palabra, están las celebraciones litúrgicas y de todo ello brota, sin querer, el ejercicio de una caridad creativa. Encontrarse vivencialmente con el Resucitado nos lleva a levantarnos de nuestras tibiezas, de las posturas pastorales que han quedado cristalizadas y situarnos en la dinámica de una Iglesia misionera que es aquella que ha optado por el camino de la conversión.

Un camino que nos invita a descubrir lo importante que es dejarse “primerear” por Jesucristo, es decir, dejarle que tome la iniciativa. Un camino que nos lleva a “involucrarnos” en el corazón de nuestros pueblos y de sus gentes, de sus ilusiones y proyectos, de sus problemas y dificultades. Y, por último, una Iglesia que se deja evangelizar se transforma en una comunidad que “celebra” y festeja porque se convierte en una realidad viva que conjuga, perfectamente, evangelización y liturgia, ya que se esfuerza por unir la vida con las obras. Cuando hay vida y obras fecundas, se celebra fiesta y se realiza la gran “acción de gracias”, en donde se sintetizan esas profundas realidades divinas y humanas, en el horizonte supra temporal de la Iglesia Santa.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones,
J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense